

tra con diez amigos se asaban una docena de cerdos compuestos por cocineros cuyo número competía ya con el número propio de un ejército. Y á estas comidas iba con rozagantes púrpuras babilónicas vestido, por tiara meda coronado, en pantuflas orientales recamadas de perlas, llevando su verga gimnasiaca, cual un jefe y director de titiriteros miserables. Y mientras tanto el rey de los medas pedía socorros á su protector Antonio contra el rey de los parthos; pero Antonio abandona el carro de guerra por el tálamo de placer; y en vez de dar voces imperiosas con la majestad del trueno, canta como un tiple al resplandor de los banquetes; y en vez de acariciar el pomo de su espada el cuitado, acaricia un pomo de olorosas esencias; y en vez de oler á sangre, huele á vino; y en vez de matar, ama. Él se justificaba diciendo que no le dominaba Cleopatra, le servía; que, fingiendo anhelar su amor, anhelaba su imperio; que con los hombres puede lucharse á golpes, mas con las mujeres á besos; que al abrazar á Cleopatra, no creía tanto abrazar una querida como á un aliado; que Roma tuvo siempre un amigo dentro de los pueblos á conquistar para que le abriesen las puertas, como las abrió Capua para conquistar á los samnitas, Masinisa para conquistar á los africanos, Sagunto para conquistar á los españoles, Etolia

para conquistar á los griegos, Marsella para conquistar á los galos. Pues bien, al abrazar á Cleopatra en la tierra del Egipto, en ese istmo africano que une al Oriente con el Occidente, lo que abrazaba en realidad no era ese brevísimo cuerpo de mujer, sino el gigantesto y colosal continente de Asia. Además, Octavio cometía por su parte respecto de Antonio dos gravísimas faltas, una política y otra militar. La primera consistía en haber despojado á Sexto Pompeyo de su gobierno de Sicilia. La segunda consistía en haberle despojado, empleando naves de Antonio, sin pedirle permiso y sin darle participación en el despojo. Tras la guerra con Sexto Pompeyo fué la deposición de Lépida, con cuyos dominios y legiones habíase Octavio alzado, sin acordarse de que aun estaba en el mundo Antonio, sufrido por amor al muerto César, pero incapaz de soportar mucho tiempo tamañas ofensas. Las tierras dadas á sus veteranos, veteranos de César también, acababa de arrebatárselas Octavio el codicioso; así reclamaba de palabra Marco Antonio, prometiéndose requerir más tarde, y en caso de necesidad, la espada. Y mientras él acusaba de tales entuertos á Octavio, éste le acusaba por su parte á él de haber donado á Cleopatra la biblioteca de Pérgamo, rica en doscientos mil volúmenes; de haberse levantado en ruidoso festín

tras su amada, encerrándose ambos á la vista misma de sus convidados en cercano cubículo para entregarse desenfrenadamente á sus amores; de haber oído con verdadera voluptuosidad que los efesios llamasen á la enemiga de Roma su reina; de haber, en las audiencias públicas, recibido cartas amorosas de su regia manceba, escritas en cristal y cornarina, leyéndolas ante los mismos jueces, no obstante sus escandalosas frases; de haberse dejado la presidencia de un tribunal, hablando el más hábil de los abogados y el más digno de los romanos, Furmo, por seguir la litera de su amada, la cual iba por allí con propósito firme de probar al mundo que su amator la prefiriera siempre á todo, á gloria, riqueza, poder, autoridad y patria. Así, cuando los mensajeros de Octavio llegaban á los sitios donde residían Cleopatra y su amante, aquélla los trataba ya con dureza, ya con menosprecio; designábales en los festines el más lejano y más humilde lugar, ahuyentándolos de aquellos oídos que llenaba ella con su asiática elocuencia. Hallábase ante uno de éstos cierto día medio borracho Antonio, y le dijo que hablara en voz alta del objeto de su venida. «Las cosas en que voy á industriarte, respondió el embajador, deben decirse por la mañana y en ayunas; pero, aun estando harto y bebido, puedo en alta y elara voz anunciarte que todo irá de se-

guro á pedir de boca si en vez de reinar Cleopatra sobre tu corazón reinara sólo sobre su Egipto.» Enfurecióse Antonio, y Cleopatra se irguió hasta crecer como un reptil que se alarga y estira ó para defenderse ó para combatir, y mirándolo con ojos semejantes á los ojos que suele poner una víbora cuando clava su aguijón, le respondió: «Procediste bien; lo que te ha hecho decir el vino de todos modos te lo hubiera hecho decir el tormento.» Y así los varios sucesos iban poco á poco mostrando que no cabían ya en la tierra Cleopatra y Roma, Octavio y Antonio.

En realidad los romanos tenían razón. Cleopatra odiaba tanto á Roma como quería el placer y el amor. En su desvarío pugnaba por poner Alejandría sobre todas las ciudades, los ritos grecosiro-egipcios sobre todas las religiones, el mundo entero á las plantas de sus dioses. Así muchas veces importunaba los mágicos encantos pidiéndoles que pronunciasen palabras incoherentes sobre los escarabajos de piedra dura que llevaba ceñidos en oro al corazón, y con los cuales había ya tenido diálogos en que usaba frases hieráticas ó sacramentales como estas: «corazón mío, tu eres mi madre; corazón mío, tu eres eterno y estarás en todas mis transformaciones y metamorfosis.» Después leía el capítulo místico de Hermópolis trazado con letras

azules sobre un cubo de hematitis, y tras aquella lectura pedía que los dioses la librasen de la serpiente cuyo veneno abrasa; que los cocodrilos se sumergieran espantados en el agua cuando ella pasara; que cerrase la boca de todas las fieras al abrirse alguna vez en su contra como cerraban el sagrado de sus secretos, pues deseaba vivir para vencer y deseaba vencer para devolverles el dominio de la tierra y de la conciencia que les tenía usurpado Roma. De Isis aguardaba las palabras, las fórmulas que habían de darle alas para subir en rauda vuelo desde los conos de las pirámides á las cumbres del Capitolio. Así pedíale su virtud fascinadora para petrificar á los enemigos y su fuego abrasador para consumirlos como secas aristas. Isis debía quitar los ojos para todo lo que no fuera Cleopatra y su amor á cuantos ella con empeño de perderlos llamaba junto á sí. Poseedora de la gnosis transmitida por los Ptolomeos en herencia, sabía llamar á los dioses por su nombre. Y los empleaba en aquel entonces pidiéndoles que Antonio repartiera entre sus hijos los dominios vinculados en su autoridad por la Ciudad Eterna; que Antonio sacara su espada vencedora contra Octavio; que Antonio la llevase á ella en carro triunfal por la vía Sacra y le diese la corona de todos los dioses, cual había dado á César la corona de todos los

reyes. No en vano dirigía Cleopatra estos conjuros; el espíritu humano se hallaba como sediento de nuevas ideas y la tierra se abría en surcos profundísimos para invocar y recibir las revelaciones del cielo. Así los profetas de un lado y las sibilas de otro alzaban á las alturas coros de misteriosos enigmas, que ninguna inteligencia práctica podía en modo alguno descifrar; y el Egipto entraba como pocas regiones en esta especie de magnetismo espiritual diseminado por las conciencias y por los aires. La Grecia, la Siria, la Palestina, el desierto inmenso, todos los focos de la universal revelación le rodeaban. La forma humana, que no se veía con claridad antes, pulverizada en las hogueras indias, abrumada bajo el peso de las moles del Eufrates, la forma humana iba surgiendo como planta nueva en los arenales del Nilo, á la sombra de los obeliscos que señalan la ruta del sol, entre las largas columnas de las multicolores necrópolis, cerca de los colosos inmóviles como los viejos ritos. Así es que allí debía sentirse un viento revelador de lo porvenir no sentido en los hondos valles sociales. Desde la flor del nenúfar, que flota sobre las aguas del Nilo, hasta la palma pétrea que remata el chapitel de la columna, estaba todo allí henchido y saturado de antiguo espíritu profético. Así Plutarco, cercano á estos tiempos, creía oír elegíacas

voces por todas partes, voces á una salidas de las divinidades y exhaladas por los templos. Los bueyes sagrados en Egipto mugían, las serpientes litúrgicas alimentadas en el santuario silbaban, los leones hieráticos rugían, los perros divinos ladraban. Este sentimiento de la muerte del genio antiguo se trasluce con claridad en la epopeya de Lucrecio y en las églogas de Virgilio. Los déspotas iban presintiendo que un Dios nuevo se acercaba y que tal Dios no era de los fuertes, sino de los débiles, no era de los emperadores, sino de los esclavos. Roma no hacía más que prepararle á ese Dios las vías con la espada de sus soldados, con la palabra de sus pretores, con la idea de sus jurisconsultos. Necesitábase, pues, para salvar el viejo Dios naturaleza contra el nuevo Dios espíritu, que Asia se levantara y luchase con la idea misteriosa. Romperíanse, merced á ella, las jerarquías en el cielo y las castas en el mundo. Los humanos entrarían audaces en los santuarios para deletrear los sacros jeroglíficos y expedir las ideas en ellos contenidas á los cuatro vientos. Caerían los ídolos del ara y los reyes del trono. El esclavo se alzaría de sus ergástulas á ser igual con sus señores. Y para no contemplar tales crímenes el sol velaría su faz, y la tierra misma, después de desgarrarse en huracanes y en terremotos, disparíase por los espacios, haciéndose

tromba de aereolitos y legión de cometas. Así Cleopatra practicaba los ritos, observaba las liturgias, seguía las ceremonias tomando todos los aspectos y formas de la serpiente, todas las hechicerías de la magia, todos los zumos de las hierbas sagradas, todos los bebedizos y todos los filtros orientales, á fin de que Asia se levantara como una llama eterna en la cima del Capitolio. Así podría explicarse, por esta mágica explicación, que apareciese cada vez más hechicera y más hermosa. Y esta hechicería y esta hermosura empleábalas en atraerse al romano Antonio, no tanto por amor de Antonio como por odio á Roma, y tratando de arrancar á esta ciudad aborrecida la corona del mundo, para quitarle piedras á esa corona exigía de Antonio que le regalase Fenicia, donde tiñen la púrpura; Chipre, cuna de Venus; Arabia Nabatea, que toca en los mares externos, y la provincia judía, que produce los más aromáticos bálsamos y los más embriagadores perfumes. Todo lo iba preparando para este fin. Las gentes en Roma no querían creerlo. «¿Será verdad?» preguntaban. «¿Arrancará su Antonio de Roma ciudades tan florecientes, imperios tan ricos, para entregarlo todo á la voracidad de una manceba lujuriosa y al peculio de una prole adulterina?» Los romanos alzaban los brazos al cielo y viendo que no caía un rayo en Egipto, desconfiaban hasta

de la existencia de Júpiter. Alejandría iba levantándose como la luna llena por Oriente al mismo tiempo que se ponía por el ocaso la lumbrera diurna de sol tan espléndido como el espíritu romano. Muchos de los pesimistas, muy numerosos por aquel entonces en la Ciudad Eterna, sobre todo los tardos á consolarse del prematuro fin que habían tenido las instituciones republicanas, temblaban, porque creían ver su Roma en descenso hacia el ocaso y Alejandría en ascenso hacia el cenit. Y cuando veían que la miraba estática el cielo africano por los ojos de sus estrellas inextinguibles; que la ceñía y rodeaba el desierto con sus arenas de oro; que decía y murmuraba el Nilo en sus orejas, al deslizarse por lecho ceñido de palmas y habitado por caimanes, palabras divinas; que sus obeliscos señalaban con su sombra el curso de los astros y ostentaban en sus jeroglíficos los arcanos de la inmortalidad; que besaba el Mediterráneo con sus ondas recamadas de blancas espumas aquellas sus sandalias de pórvido; que resplandecía el faro con clara luz en su frente, aun temblaban más, porque veían cómo aquella ciudad misteriosa era el zafiro de la tumbaga con que se unen y enlazan los continentes, así como el santuario en que se identificaban las ideas. Cleopatra se proponía ir poco á poco poniendo en el peculio suyo las mara-

villosas tierras que Roma entregara de grado á las ambiciones de Antonio. Imposible describir los medios tortuosos, los teatros aparatósísimos, los espectáculos verdaderamente singulares que aquella mujer ideaba con el intento firme de someter el mundo romano al dominio de su Egipto. Así, para más enaltecer su conspiración, vistióse de Isis é hizo y aparejó todo cuanto al culto de Isis consagraba su pueblo.

Sobre aquella espaciosa frente veíanse los argénteos cuernos en que descansa el sol de oro. Una túnica blanca como la azucena de los valles ceñíase á su cuerpo tiéndolo con los reflejos de la luna. Negro manto sembrado de estrellas caía desde sus hombros á los talones en larguísima rózaga, semejándose al manto de la noche. En carro de oro se asentaba rígida, fría, solemne, como una estatua. Seis blancos caballos la arrastraban por las calles, cubiertas de tapices y ceñidas de guirnaldas. Los animales simbólicos la precedían, y acompañábanla devotos de la diosa cuyo simulacro representaba y fingía. Entre tales devotos llevaban, unos, á guisa de soldados, tahalíes; otros, cortas clámides que apenas les llegaban á la rodilla, ligera espada en el cinto, venablos de cazador en los puños; éstos, borceguíes de oro, trajes de seda recamados por deslumbradora pedrería; aquéllos, el casco y el escudo

de los gladiadores. Para divertir al pueblo se disfranzaban varios de magistrados y fingían grave tribunal, en tanto que muchos se calzan las sandalias y se ponen postizas las melenas y las barbas de los filósofos. Pero en cuanto llega la diosa, la maga Cleopatra, todo es grandeza y hermosura; las más graciosas jóvenes griegas, egipcias, nubias, vestidas de blanco y coronadas de primaverales guirnaldas, arrojan pétalos de olorosas flores; algunas llevan en sus espaldas bruñidos espejos para que la diosa pueda contemplar á cuantos la rodean y la siguen; otras ostentan blancos peines de marfil y fingen peinar y trenzar los cabellos de Isis; toda suerte de candelabros, lámparas, lucernas, faroles de diversas formas y de riquísimos materiales indican los atributos de aquella divinidad que se asienta sobre los astros. Las sinfonías más dulces repiten la música melodiosa de las estrellas y de sus incomunicables y divinas esferas; solemnes cantatas llegan á las alturas como llevadas en las nubes del incienso; ejércitos de siervas lujosamente vestidas queman perfumes de Arabia; las iniciadas se adelantan con los pies desnudos y las cabezas cubiertas de transparentes gasas; los iniciados tocan platillos de acero, de plata, de oro, produciendo melódicas escalas de varios y concertados sonidos. Luego siguen los pontífices, que llevan sobre su pecho,

cubierto de blanco lino, las respectivas imágenes de los grandes astros á que consagra cada cual su culto, y cierran aquella procesión las vacas, las monas, los dioses con cabeza de perro, el genio que baja del cielo al infierno y sube del infierno al cielo, á veces resplandeciente como el sol, á veces oscuro como la noche, y, por último, la urna de oro, sobre la cual levanta su cabeza de esmeraldas un luciente áspid recamado de deslumbrador escamaje, cada una de cuyas escamas está formada por un solo zafiro. Sonríense los cielos á tanta hermosura y saltan de regocijo los corazones como el cabritillo que trisca entre los arbustos de una espaciosa floresta. Cleopatra, convertida en diosa, inició el espíritu de su amado amador en los misterios egipcios. Impúsole primero una purificación larga en una penitencia severísima regulada por ceremoniales antiguos de un carácter siroegipcio. Elevólo á las Pirámides antiguas donde penetró con la solemnidad que los muertos en el orco y los dioses en el mundo. Ya dentro de las Pirámides bajó sin escala ni cuerdas á hondísimo pozo, y se arrastró por los negros subterráneos. Al fin de aquellas galerías brilló súbito siniestra claridad y en ella se dibujaron tres chacales dotados de palabra que le dijeron algo incoherente y extraño sobre su horóscopo. Otras muchas pruebas tradicionales en todos estos

viejos misterios vinieron luego después de la primer prueba. Pasó por el agua sin ahogarse, por el fuego sin consumirse y vió faltarle bajo los pies la tierra sin conmoverse. Cuando lo colgaron por el brazo de argolla férrea y le suspendieron sobre los abismos insondables, no pestañeó. Y por ende lo elevaron á las mismas alturas donde campeaba Cleopatra, y como á ésta le dieron dictado de Isis, diéronle á él dictado de Osiris. Y convertidos en dioses podían dividirse á su antojo la tierra y distribuir entre los mortales aquellas recompensas y honras que les pluguiesen. A virtud y por obra de tal autoridad, Antonio declaró á Cesarión, el infante habido por Cleopatra de César, heredero del dictador. Esta resolución tenía todos los caracteres de una verdadera temeridad, pues echaba un competidor en las pretensiones de Octavio y ponía en la forma monárquicohereditaria que iban tomando los esbozos de imperio un primogénito con derechos personales directos sobre un pariente que sólo podía en último término aducir los derechos mitigados y secundarios de su afinidad. Promulgadas tales fórmulas respecto de Cesarión, Antonio confirmó en el pleno dominio de su Egipto á Cleopatra y le cedió en cesión solemne las posesiones de antemano prometidas y anunciadas. Chipre, isla de la hermosura y del amor; África, tierra del valor y

de la fortaleza. Seguidamente se curó de sus propios vástagos, de los habidos en su comercio con Cleopatra. Su hijo Alejandro recibió Armenia, Media y el reino de los parthos, un imperio digno por su extensión é importancia de cualquier gran monarca. Su hijo Ptolomeo recibió Fenicia, Siria, Cilicia, sitios en los cuales reinaban tres monarcas. Seguidamente vistió á su Alejandro con la púrpura imperial y lo coronó con la tiara puntiaguda. A Ptolomeo lo vistió con traje blanco de Grecia y le ciñó una diadema jonia. Y concluído todo esto, alzó la voz para que fueran los soldados de Armenia y de Media juntos á circuirles y á prestarles expresos homenajes. Oriundos del Asia y de Grecia, con sangre romana fervorosa en las venas, herederos de las dinastías helenoegipcias, la gloria de los hijos de Antonio debía en dos continentes reflejarse, y sus nombres, ya escritos con letras de astros en los espacios inmensos, escribirse con gloria en los anales del mundo y en la gratitud eterna de los pueblos. Los cortesanos, oídas todas estas declaraciones, alabaron en coro al invencible Antonio y á los seres que Antonio coasociaba con su esplendor y con su gloria. Después de haber decretado y decernido todas estas dignidades, Antonio envió los decretos á Roma para que los registrara en sus anales y los confirmase con su indisputable autoridad.